



Contradicciones económicas y políticas de la pandemia. Aclaraciones para organizar la resistencia de los explotados.

La rápida proliferación mundial del coronavirus y sus consecuencias para la vida humana muestran la dimensión de su extrema gravedad. El aumento en el número de casos en Brasil aún no se ha detenido y, según la información de las autoridades de salud, el período de mayor incidencia aún está por llegar. No se trata de repetir el número de muertes fuera y dentro del país, ya que la prensa las difunde hasta el agotamiento. Ligada a la pandemia, se manifiesta una crisis económica. También en este caso, se vienen publicado pronósticos sombríos, tanto para la economía internacional como para la nacional.

Estamos ante un fenómeno que expresa simultáneamente dos crisis: la sanitaria y la económica. Ahí radica la dificultad de separarlos y encontrar raíces comunes. La manera de entender hasta dónde llegan uno y el otro, y cómo están entrelazados, es exponer las contradicciones.

La manifestación del fenómeno natural se realiza en medio y por medio de las relaciones sociales. Está comprobado que cualquier epidemia, en cualquier período histórico, se caracteriza por estar determinada por las condiciones sociales. Y estos se caracterizan por las relaciones de producción y las divisiones de clases. La epidemia, por ser una expresión de la naturaleza, afecta a todas las clases. Sin embargo, la base de su proliferación se encuentra en las masas oprimidas. Y las consecuencias más perjudiciales afectan a los estratos más pobres y miserables. Esto es lo que se ha observado desde la fiebre tifoidea en Grecia en el siglo V antes de nuestra era y la peste negra en el siglo XIV. En el siglo XX, la gripe española (1918-1919) se convirtió en un modelo de la pandemia mundial. En nuestros días, la pandemia de Influenza H1N1 causó miles de muertes en todo el mundo y, en Brasil, cientos, solo en 2009. Las estadísticas dramáticas del H1N1 no describen las condiciones sociales de sus víctimas. Sin embargo, se sabe que la gran mayoría son pobres y miserables. Especialistas afirman que no fue más devastadora porque ya había medios científicos para contenerla. El nuevo Covid-19, por el contrario, es libre de infectar y comprometer a los organismos más frágiles, no solo por la edad, sino también y, principalmente, por la pobreza y la miseria.

La noticia es que hay una carrera para lograr vacuna. Lo que debe ser resuelto por las transnacionales en el área de la salud. Depende de la mayoría de los países con una economía atrasada esperar el milagro científico de las potencias. Ciertamente, esa mayoría pagará un alto precio por la medicina. Las pandemias abren un mercado particular para la industria farmacéutica y médico-hospitalaria. No todos los países tienen acceso a avances médicos, y pocos pueden cubrir completa-

mente las necesidades de la población. Volvemos a la contradicción social inicial de que los más explotados y oprimidos sufren las peores consecuencias. Esto se da en el marco de la relación entre las naciones opresivas (imperialistas) y las naciones oprimidas (semicoloniales), así como entre la minoría burguesa, que incluye a la clase media alta y la mayoría oprimida, compuesta por la clase obrera, los campesinos pobres y la clase media arruinada. Está en manos de las potencias, las transnacionales y los gobiernos la limitación y la superación de la pandemia. Las masas están obligadas a recibir pasivamente medidas dictadas internacionalmente. Y los estados nacionales tienen la tarea de adaptarlos a sus circunstancias económicas y sociales. No es necesario demostrar la desigualdad que prevalece frente al fenómeno natural, que comienza en un país, en este caso China, y se expande rápidamente en todo el mundo. La burguesía en su conjunto y el batallón de burócratas sirvientes están obligados, por sus intereses de la clase dominante, a ocultar y falsificar las contradicciones cuando se manifiestan en forma de crisis, en este caso, una doble crisis.

La clase obrera, desorganizada y destrozada en todo el mundo y a nivel nacional por la crisis de dirección, está sujeta a la política pandémica, que aterroriza a las masas, con la campaña orquestada internacionalmente por el imperialismo y llevada a cabo a nivel nacional por los estados. Sin su partido mundial de la revolución socialista, por lo tanto, sin sus secciones nacionales, el proletariado no puede reconocer las contradicciones del régimen capitalista, que condicionan el curso natural de las pandemias. Sin una vanguardia internacional con una elevada conciencia de clase y capaz de desarrollar el programa de la revolución proletaria, los explotados están a merced de las respuestas burguesas y limitadas a los intereses de los monopolios y el capital financiero.

Es instintivamente natural el temor que provocan las pandemias, incluso entre los ricos y poderosos, que tienen protección material y científica. Sin embargo, el miedo se convierte en terror entre las masas, cuando están sujetas a las acciones políticas y económicas de la burguesía. El terror se debe al hecho de que la mayoría oprimida no puede reaccionar colectivamente al peligro natural que los amenaza. La individualización del problema colectivo resulta de la política deliberada de los gobiernos burgueses. A partir de esta imposición, el destino de cada uno no depende de una respuesta colectiva, sino de la acción político-administrativa transferida por los gobiernos. Nociones como “solidaridad”, “cada uno debe hacer su parte”, “la protección de uno depende de la protección de otro”, “unión nacional” y “patriotismo” acompañan las campañas del

gobierno. Funcionan como una máscara ideológica de individualización y presiones aterradoras para que la población se discipline colectivamente a las decisiones del Estado.

La experiencia indicó a los infectólogos que la reducción del contacto colectivo y el aislamiento de las cuarentenas dificultaban la proliferación del virus y, por lo tanto, permitían la realización de su ciclo con menos consecuencias para la vida humana. En otras palabras, se trataba de modificar provisionalmente la vida social para que el fenómeno natural perdiera el ímpetu de la contaminación, una medida obviamente de emergencia que requería una respuesta estructural médico-sanitaria. Resulta que esta medida tiene consecuencias económicas. La mayoría, que vive del salario y el trabajo por cuenta propia, no puede cumplir el aislamiento de la misma manera que la minoría burguesa y pequeñoburguesa. La individualización entra en contradicción con las relaciones laborales y las necesidades apremiantes de la mayoría. Un método científico comprobado por la experiencia no puede ser entendido por las masas, que temen no solo el riesgo de contaminación, sino también el riesgo de falta de recursos materiales. En otras palabras, el estado tiene que imponer el aislamiento por medio del pánico, creado políticamente. El aislamiento entendido y consentido colectivamente debe tener una base material de apoyo. Lo que no es posible en la sociedad de clases.

La pandemia del coronavirus no trae nada nuevo al respecto. La particularidad es que ha estado exponiendo más claramente la incapacidad de la burguesía mundial y los gobiernos nacionales para luchar contra la pandemia, sin descargar la crisis económica en las masas, que venía despuntando mucho antes de sus primeras manifestaciones. El brote epidemiológico no creó las tendencias recesivas en la economía mundial, que estalló en 2008 y se intensificó a fines de 2019. No es responsable de la sobreproducción y la guerra comercial. No tiene nada que ver con la ley histórica de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas, que, en su fase imperialista, resulta en descomposición y barbarie social. Esto no significa que la pandemia invariablemente, provoque consecuencias económicas negativas.

La burguesía ha culpado al coronavirus mucho más allá de su capacidad de afectar el funcionamiento de la economía mundial. Los millones de empleos destruidos desde la crisis de 2008 no se han recuperado. Ahora se espera una nueva ola de despidos masivos. En todas partes, la fuerza laboral ha sido desvalorizada. Las contrarreformas destruyen los derechos laborales. La tercerización gana terreno. En general, las condiciones de trabajo han sido precarias. Este brutal ataque de la burguesía contra las masas no se debe a una pandemia, sino a la crisis de sobreproducción, la tendencia a la caída de la tasa media de ganancia de los monopolios, el aumento del parasitismo financiero y la guerra comercial. Está claro que el cierre de las fronteras nacionales, debido a la pandemia, aumenta la crisis económica mundial. Dichas medidas reflejan la incapacidad de las potencias para encontrar una solución, aparte de superponer los intereses nacionales sobre los del mundo. En el fondo, se encuentra el choque entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y, en consecuencia, la guerra comercial. La pandemia es mundial, pero las tragedias y las soluciones son nacionales. Reflejan la contradicción entre las fuerzas productivas del mundo y las fronteras nacionales.

El uso de la pandemia como cortina de humo para la reanudación de la crisis mundial desaparecerá una vez que el ciclo infeccioso haya perdido fuerza. El desempleo y el subempleo

estarán en un nivel superior. La masa salarial, a su vez, estará en un nivel inferior. Esta contradicción refleja la necesidad de la burguesía de destruir parte de las fuerzas productivas, en condiciones de sobreproducción y una caída en la tasa de ganancia promedio de los monopolios. Los países semicoloniales son los que más soportarán el proceso de desintegración del capitalismo mundial. Los efectos de la pandemia solo confirmarán la incapacidad de la burguesía para proteger la vida de las masas. La quiebra del sistema de salud en Italia y España, los dos países más afectados en Europa, ha evidenciado el declive de las viejas potencias. En todas partes, el sistema de salud pública está empobrecido. Y el sistema privado, agigantado. La pandemia vuelve más visible el carácter de clase de la salud.

El aislamiento y la cuarentena pueden mitigar los efectos de la pandemia en la vida humana, pero no pueden evitar la tragedia que afecta a los pobres y los miserables. Por el contrario, los efectos económicos de las medidas gubernamentales recaerán principalmente en las masas oprimidas. Los líderes sindicales se sometieron a la política de confinamiento, que implica despidos, recortes salariales, quita de derechos y una prohibición del trabajo informal. Como regla general, esta línea y el terror dirigido por el Estado fueron asimilados por la izquierda, excepto por alguna excepción. La vanguardia se vio desconcertada en el torbellino de tantas contradicciones. La renuncia de estas fuerzas políticas a organizar la lucha de clases, más o menos explícitamente, contra las acciones del imperialismo y los gobiernos burgueses, expresó las poderosas presiones de la burguesía. No era difícil presentar un plan de emergencia. Lo difícil es intervenir dentro de las masas, aterrizadas y acorraladas, en defensa de una respuesta proletaria propia. El desmantelamiento del Día Nacional de Lucha (18 de marzo) impidió una reacción colectiva de los explotados contra la ofensiva de la burguesía y su gobierno, que en ningún momento detuvo los ataques contra el empleo y los salarios. La política de colaboración de clase estuvo plenamente presente en la desmovilización y en apoyo de la directriz de aislamiento social. La clase obrera atomizada vio su resistencia a las reformas contrarias interrumpidas. Su pasividad favoreció el ataque del gobierno y las fuerzas burguesas opositoras.

Todo indica que este profundo reflujó será utilizado posteriormente para que el gobierno y la burguesía den nuevos pasos, en contra de las necesidades más elementales de los explotados. La vanguardia con conciencia de clase debe despertar para la necesidad de reanudar la resistencia, por medio de las reivindicaciones y métodos de la lucha del proletariado. La grave crisis de dirección hizo más visible la tarea de construir el Partido Mundial de la Revolución Socialista, la Cuarta Internacional.

SOLO BAJO EL PROGRAMA Y LA ESTRATEGIA DE REVOLUCIÓN PROLETARIA ES POSIBLE CONSTRUIR UN MOVIMIENTO DE LOS EXPLOTADOS CONTRA EL CAPITALISMO EN DESINTEGRACION

SOLO LUCHANDO POR LA TRANSFORMACIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN EN LA PROPIEDAD SOCIAL, ¡ES POSIBLE VENCER LA BARBARIA CAPITALISTA!

¡SOLO A TRAVÉS DE LA LUCHA DE CLASES SE IMPONDRÁ A LA BURGUESÍA UN PLAN DE EMERGENCIA EN DEFENSA DE LOS EMPLEOS Y SALARIOS!

¡QUE CENTRALES Y SINDICATOS ROMPAN CON LA POLÍTICA DE CONCILIACIÓN DE CLASE!